

su periódico *Le Conservateur*, la caída de Décazes diciendo: «Su pié ha resbalado en la sangre (del duque de Berry).» Vencedores el de Artois y su partido, tuvieron el talento de no precipitar las cosas. En lugar de Talleyrand, que todavía contaba con ser llamado esta vez para formar el nuevo ministerio, lo fué de nuevo Richelieu, el cual constituyó el gabinete con hombres del centro derecho, si bien despues de haberse resistido mucho tiempo y haber apelado el rey á su patriotismo, lo mismo que Artois, que le aseguró su apoyo y el de su partido.

Este fué el principio de la gran reaccion realista que dominó en Francia siete años, hasta fines de 1827.

### NAPOLÉ

Desde España y Francia comunicóse la chispa revolucionaria á Italia, donde prendió por lo pronto en Nápoles, y eso que estaba este país en una situación incomparablemente mejor que España, tanto que el reino de Nápoles, desde 1815 y bajo el gobierno benigno de Medici, hombre de escasos alcances, podía pasar por uno de los países mas contentos y tranquilos de la península apenítica. La semejanza política de España y Nápoles consistía en que en ambos países eran las revoluciones obra de sociedades secretas que tenían sus adeptos, principalmente, en el ejército, por la inactividad á que se veían reducidos un gran número de oficiales, en la edad mas robusta, despues de una vida activa y llena de gloria militar en el período napoleónico. Los recuerdos de este período, la ambición no satisfecha y la pérdida repentina de toda esperanza de medro les hicieron fácilmente accesibles á las instigaciones secretas de los agentes revolucionarios. A esto se agregó el descontento que causó el concordato de 1818, que restableció el poder eclesiástico en toda su extension y que era una especie de apagador repentino del naciente movimiento literario y científico. En este estado llegó la noticia de la sublevación de Riego en España y del asesinato del duque de Berry en París, y ambas noticias hicieron estallar la mina, dispuesta desde mucho tiempo. El 2 de julio de 1820 se alzaron en Nola los dos tenientes Morelli y Silvati, con la guarnición, y en poco tiempo siguió el pronunciamiento todo el ejército; cuatro días despues, en la noche del 6, pasaron algunos *carbonarios* al palacio real y pidieron en nombre del ejército, del pueblo y de su sociedad secreta, una constitución, dando dos horas de tiempo. El rey Fernando, espantado, creyó eludir el peligro y el compromiso nombrando, con el pretexto de su avanzada edad y sus achaques, regente interino á su hijo el duque de Calabria, para que este, y no él, concediera y jurara la constitución española del año 1812, pero no le valió el subterfugio y tuvo que jurar también, lo mismo que su hijo. Entonces añadió el rey á la fórmula prescrita, de su libre impulso esto: «Si miento, que Dios dirija sus rayos de venganza sobre mi cabeza.» El 9 de julio hizo su entrada triunfal en la capital el general Pepe á la cabeza de las tropas, en medio de las aclamaciones del pueblo, entusiasmado por una victoria tan instantánea conseguida sin verter una sola gota de sangre. Por lo demás, probablemente nadie sabía á la sazón en toda la ciudad una palabra de la constitución española del año 1812, lo cual prueba claramente que aquella revolución no era la explosión de un pueblo cansado de ser tiranizado sino la obra de una conspiración. Los conspiradores victoriosos no encontraron en sus filas un solo individuo capaz de ponerse á la cabeza del nuevo ministerio y tuvieron que recurrir para esto á los partidarios del ex-rey Murat.

El suceso tuvo eco en la isla de Sicilia. Palermo se sublevó, pero el populacho desencadenado manchó la revolución

con sus excesos y fué menester enviar á la isla á Florestan Pepe, hermano de Guillermo Pepe, con 9,500 hombres para salvarla de la anarquía. El mismo gobierno provisional que bajo la presidencia del príncipe de Villafranca se había formado en Palermo, procedió contra los planes de los carbonarios de Nápoles, proclamando la autonomía de la isla, conservando solamente la unión personal con el reino de Nápoles. Florestan fué relevado por haberse mostrado demasiado condescendiente con los sicilianos y en su lugar nombrado un gobernador militar general con poderes dictatoriales y fuerzas suficientes para tener la isla en la obediencia; pero esto debilitó las fuerzas del continente cuando mas se necesitaban, como veremos mas adelante.

### CAPITULO III

#### LOS CONGRESOS DE TROPPAU Y LAIBACH

El espíritu revolucionario no había muerto, como lo probaban con harta evidencia los sucesos; si en Alemania quedó completamente extinguido, no fué así en otros países: en España había triunfado del rey legítimo y de su corte, y lo que ocurría en Francia parecía á los espantadizos como un preludio de un nuevo cambio general, con la añadidura de que esta vez conovería hasta el edificio político de Inglaterra, creído hasta entonces inmutable. En efecto, por entonces ocurrieron en Inglaterra las primeras demostraciones radicales de los obreros, y aunque por lo pronto solo tomó parte en ellas un número reducido de hombres, no tardaron en complicarse estas manifestaciones con el atentado contra la vida de los ministros, cometido por un tal Thistlewood. Todas estas circunstancias confirmaron al czar Alejandro en su idea de que era indispensable dar mayor ensanche á la Santa Alianza y en realidad trasformarla en una asociación de seguros mútuos para garantizar la integridad y el régimen interior de todos los estados de Europa, con la reserva, sin embargo, de que él sería el director de esta sociedad y nadie mas. Respecto de Francia, procuró establecer pactos y compromisos para proteger los derechos del heredero legítimo del trono cuando éste quedara vacante con la muerte de Luis XVIII, y con fecha de 3 de marzo de 1820 invitó á sus aliados á ponerse de acuerdo, por medio de sus embajadores en París, sobre la adopción de medidas colectivas contra la revolución española. En estas empresas como en los proyectos anteriores se disolvieron en humo las bellas teorías de la Santa Alianza tan luego como se trató de reducir las á la práctica; porque Metternich no tenía la menor intención de contribuir al aumento de la influencia rusa en la Europa occidental. En cuanto á la intervención armada en España, que forzosamente había de encargarse á la Francia, encontró peligrosísimo poner este último país, tan fuertemente excitado por las luchas de partido, en contacto con la revolución española. Idéntico modo de ver prevaleció en Berlín respecto de España, y para el ministerio tory inglés, que por lo demás estaba perfectamente de acuerdo con las potencias aliadas sobre los principios de la Santa Alianza, añádase á esta consideración otra mucho mas grave, porque habiendo sostenido la Gran Bretaña por espacio de mas de un siglo guerras sangrientísimas para suplantar la influencia francesa en la corte de Madrid, ningún hombre de Estado inglés se atrevía á contribuir á que volviera á entronizarse la influencia francesa en la corte de España. El mismo gobierno francés, que sabía perfectamente cuánto satisfaría á los ultra-realistas y reaccionarios el ponerse á la cabeza de una cruzada monárquico-europea contra la revolución española, tenía mas interés en vigilar y apaciguar las pasiones y

luchas de partido en el interior, que embarcarse en una aventura costosa en el extranjero. Por esto la proposición del czar Alejandro no encontró aceptación en ninguna parte.

Entonces fué cuando estalló la revolución en Nápoles, que cogió á Metternich completamente de sorpresa. El embajador austriaco en aquella corte había creído mas en la noticia de una revolución en la luna que en la de un movimiento en el reino napolitano. El representante de Nápoles en Viena, el príncipe Ruffo, acababa de asegurar al emperador que la sola palabra constitución causaba convulsiones á su soberano el rey Fernando I, y á la sazón resultaba que este último había jurado la constitución y que en su capital celebraba sus sesiones un parlamento, foco de contagio para el resto de Italia é incompatible con la tranquilidad del reino lombardo-veneto. La probabilidad de una consolidación del régimen representativo en Nápoles, por la influencia y buena voluntad de los *carbonarios*, que procuraban evitar toda anarquía, era para Metternich un motivo de grande intranquilidad. El rey Fernando, por su parte, que públicamente no cesaba de encarecer su amor á la constitución, impetró en secreto el auxilio del Austria contra sus súbditos, y por boca de su embajador cerca de la Santa Sede protestó de cuanto había tenido que hacer á la fuerza y de lo que hiciera en adelante. Viendo el peligro tan cerca y tan imponente, cambió Metternich de rumbo. Acababa de rechazar con notable frialdad la proposición rusa de organizar una intervención común en España, pero en vista de la revolución napolitana, removió todas las cortes para obtener su aprobación y concurso para una intervención austriaca en Italia, haciendo ver que lo que allí sucedía era una nueva manifestación de la revolución general europea que se estaba fraguando y que á no atajarla se extendería irremisiblemente á todos los países, por lo cual el Austria estaba decidida á no reparar en los medios para sofocarla. Todos los gabinetes rechazaron la propuesta, á excepción del inglés, presidido por Castlereagh, que se mostró de acuerdo con ella, bajo la condición de que el Austria diese garantías de que no trataría de aumentar su territorio, y de que el gobierno inglés quedase fuera de todo compromiso que pudiera ponerle en mal lugar ante el parlamento de su país. Los gobiernos de Francia y Rusia, que condenaban lo sucedido en Nápoles tan sinceramente como el de Austria, pero que no querían, como tampoco habían querido antes, entregar toda la Italia á la influencia y dominación austriacas, rechazaron de acuerdo con los demás soberanos italianos, sin exceptuar al papa y al rey de Cerdeña, la idea de ocupar las plazas de Alejandría, Civita-Vecchia y Ancona para evitar la propagación de la revolución. En cambio Luis XVIII, como jefe de la familia de Borbon, como el primer soberano que había otorgado á su pueblo una constitución, y en conformidad con lo pactado en Aquisgran, hizo valer su derecho de convocar un congreso internacional que se encargara de restablecer el orden en Nápoles, reemplazando allí la constitución española por otra mas moderna, imitada de la inglesa ó de la francesa. El emperador Alejandro accedió sin titubear (1) á esta proposición, que era el mejor medio, no solamente de impedir por de pronto la intervención armada del Austria en Italia, sino también de destruir para siempre el poder austriaco en la península. Sin embargo, no sucedió así por la intemperancia del partido mas avanzado, cuyos excesos é

(1) En una carta privada dirigida á Gentz, desahogó Metternich el descontento que le causaba el comportamiento del czar diciendo: «Mientras los agentes rusos (alude á Kotzebue) son asesinados en Alemania *propter obscuritatem*, otros agentes rusos presiden en Italia los conciliábulos de los carbonarios. ¡Pronto se harán cesar estas abominaciones!»—*Papeles póstumos de Metternich*, tomo III, pág. 228.

imprudencias fueron los aliados mas eficaces de Metternich. El parlamento de Nápoles, en el cual dominaban los carbonarios, contestó á todas las proposiciones de arreglo: «La constitución española ó la muerte.»

El canciller austriaco hizo proponer al czar por medio del astuto diplomático Lebzeltern, que en lugar del congreso proyectado se celebrara una entrevista entre los dos emperadores; pero el czar se empeñó en la celebración de un congreso general de soberanos y de ministros, que efectivamente se reunió en Troppau, ciudad de la Silesia austriaca, y estuvo reunido desde el 23 de octubre hasta el 24 de diciembre.

A pesar de esto, consiguió el gobierno de Austria su objeto, porque las potencias que en el congreso tomaron una actitud resuelta y decisiva fueron únicamente la Rusia y el Austria; el rey de Prusia, único soberano que además de los dos citados asistió personalmente al congreso, se mostró, como siempre, callado y sin iniciativa; Castlereagh, que á pesar de sus principios ultra-moderados había empezado á cobrar miedo á la actividad siniestra de Metternich, envió al congreso como representante mudo de su gobierno á su hermano lord Stewart, y la Francia estaba representada por los señores Caraman y La Ferronaye, que con su comportamiento contradictorio, que reflejaba las corrientes encontradas de su país, paralizaron la influencia que habría podido ejercer su gobierno en el congreso. Los dos emperadores pudieron, pues, resolver en nombre de todos lo que tuvieron por conveniente; y así Gentz, secretario del congreso, escribió á su confidente Pilat: «Rusia y Austria son todavía potencias de primer orden.» De acuerdo en principio, solo disintieron en los medios de realizar su objeto. Metternich pretendía para el Austria el derecho exclusivo de intervenir con las armas en Italia, con el apoyo puramente moral del resto de Europa, para que el rey de Nápoles, libre ya de la presión de su pueblo, pudiese reorganizar su gobierno á su gusto, bien que conforme al tratado secreto de 12 de junio de 1815, que en esta ocasión fué mencionado por primera vez. El czar Alejandro, aconsejado por Capodistria, pidió una intervención europea colectiva y el empleo de medios conciliadores antes de emplear la fuerza bruta, entendiendo por conciliación el establecimiento de instituciones liberales en Nápoles, con el concurso del rey y del pueblo. No costó mucho trabajo á Metternich desvanecer este escrúpulo, porque además de ser un último resto de las fantasías liberales del czar, se hallaba este todavía impresionado por la oposición desenfadada y las escenas tumultuosas que acababa de presenciar en el parlamento de Varsovia. Allí habían sido rechazados por inmensa mayoría cuantos proyectos de ley el gobierno había propuesto, y no contento con esto, el parlamento amontonó quejas sobre quejas contra los ministros y contra todos los funcionarios del gobierno, á los cuales dirigió los mas violentos ataques. A estos disgustos se habían añadido las noticias del levantamiento de Oporto y de la sedición de un regimiento de su guardia imperial en San Petersburgo, ocurrida el 29 de setiembre, sedición por lo demás sin ninguna tendencia política y provocada únicamente por el rigor inhumano y caprichoso del comandante de aquel cuerpo. Todo esto lo supo aprovechar Metternich hábilmente para inutilizar los consejos de Capodistria y presentar cada suceso como un síntoma de la revolución latente y general europea. También cuidó, poniendo en juego toda su elocuencia, de hacer presente al autócrata ruso, tan accesible á la lisonja, los deberes de su misión elevada de salvar la Europa de las garras del jacobinismo, fingiendo artemente someterse á la inteligencia superior del emperador y aceptando su deseo de una intervención colectiva y de intentar primero una avenencia amistosa entre el rey de Nápoles y su

pueblo. Demasiado sabia el muy astuto diplomático que el czar entendía la intervención en el sentido que al Austria convenía, y que el arreglo pacífico previo era una pura ilusión, atendidas las intenciones ya conocidas del rey Fernando y la terquedad del parlamento. Supo hacer comprender al ruso que para establecer sólidamente la gran alianza europea era de todo punto indispensable una perfecta inteligencia previa, sin intervención de intereses extraños, entre los soberanos de Rusia, Austria y Prusia en el sentido explicado en su memorandum del 17 de noviembre sobre las medidas que debían emplearse contra la epidemia revolucionaria. En este documento decía entre otras cosas: «La revolución amenaza á todos los Estados sin excepción, por lo cual tienen todos el deber de precaverse contra ella. Hay sin embargo dos clases de revolución, una legítima que sale de los gobiernos, y otra ilegítima que procede de abajo, y esta segunda, no la primera, autoriza la intervención extranjera (1).» Estos principios mucho más desarrollados forman la base del pacto firmado por las tres potencias el 19 de noviembre de 1820, en el cual, invocando su derecho y su deber de adoptar todas las medidas que les parecieran conducentes para atajar el progreso del mal que tenía invadido ó amenazaba al cuerpo social, y curarlo donde se vieran sus destrozos, declaran: «Todo Estado que formando parte de la alianza europea sufriese por la revolución un cambio interior, pierde por lo mismo su calidad de miembro de esta alianza, de la cual queda excluido hasta que vuelva á ofrecer en su interior garantías de orden legal y duradero. Las potencias aliadas se obligan á no reconocer reformas ilegales, y para poder admitir de nuevo en la alianza á los Estados en los cuales se hayan introducido tales reformas convienen en emplear primeramente medios amistosos, y en caso necesario coercitivos. Este procedimiento va á ser empleado en el reino de las Dos Sicilias.»

Los embajadores de Inglaterra y Francia quedaron estupefactos cuando se les comunicó este pacto, firmado ya, con la invitación de procurar la adhesión de sus respectivos gobiernos. Al instante comprendieron que con esta adhesión quedaría proclamado y legalizado un nuevo derecho internacional é instituido un areópago para toda la Europa, un tribunal político supremo europeo, que vendría á suprimir de un solo golpe la independencia de cada gobierno y de cada país y á imposibilitar su desarrollo natural. Castlereagh, entonces marqués de Londonderry, no titubeó un instante en rechazar este principio de intervención y de garantía mutua en general, y en particular la participación de Inglaterra en la intervención de Nápoles. En el mismo sentido, poco más ó menos, contestó el gobierno francés, solo que Luis XVIII, deseando evitar la intervención armada, propuso que los tres soberanos invitasen por escrito al rey de Nápoles á reunirse con ellos en Laibach, donde habían convenido en celebrar un nuevo congreso en el mes de enero de 1821, para decidir la aplicación práctica al reino de Nápoles de los principios sentados en abstracto en Troppau.

La noticia de una próxima intervención de las grandes potencias suscitó en Nápoles una agitación extraordinaria. El rey no tenía ya más pensamiento que el de huir antes de que estallara la tormenta. Con este objeto prometió todo cuanto el parlamento quiso con tal que le diera la licencia necesaria para ausentarse del país, y ofreció abogar en el congreso de Laibach por la conservación de la constitución española, adoptada también en el reino de las Dos Sicilias. El parlamento, poseído de la mayor buena fe, no quiso nom-

(1) Martens, tomo IV, 1, pág. 277. Véanse también en los *Papeles póstumos de Metternich*, tomo III, pág. 400, sus principios políticos, que escribió para el emperador Alejandro.

brar siquiera los cuatro diputados que debían acompañar al rey y que este con profundo disimulo había reclamado, dando por razón de su generosa negativa que «era notorio que el corazón del hijo de Carlos III era un santuario de lealtad.» Dejó el rey, en calidad de regente, á su hijo el duque de Calabria, para que continuara en su ausencia la farsa miserable é indigna, y ostentando los colores de los carbonarios saludó á los que quedaron en tierra desde el buque que le condujo á Liorna. Apenas llegó á este puerto, viéndose ya seguro, no supo contener por más tiempo su alegría por haber escapado sano y salvo «de los puñales de los conspiradores liberales.» Entonces se representó una farsa nauseabunda é infame, en repugnante oposición con los principios religiosos y morales proclamados por la Santa Alianza. El rey Fernando suplicó á los emperadores, que habían llegado á Laibach, que le informaran de sus deseos por medio de su ministro el duque de Gallo, á lo cual contestaron que no podían tratar con el ministro de un gobierno no reconocido por ellos. En su consecuencia, dióse orden á Gallo de no continuar su viaje. En su lugar fué enviado Ruffo, que se había negado á reconocer al gobierno constitucional. Este fué recibido con todos los honores debidos, y Metternich le dijo que los monarcas aliados habían resuelto acabar con la revolución de cualquier modo, si no de grado por fuerza, y que el rey, en caso de estar conforme con esta resolución, podía tomar parte en sus deliberaciones. Fernando contestó en 19 de enero, por medio del mismo Ruffo, que «se sometía á la decisión de las potencias aliadas, porque en la posición crítica en que se hallaba no le quedaba otro recurso, por constarle que aquella decisión era irrevocable.» Entonces cesó la comedia y se reveló la verdad sin contemplación alguna. Las potencias intimaron en una nota colectiva al gobierno napolitano la abolición de la constitución, añadiendo que como garantía imprescindible del bien de toda la Italia, un ejército austriaco ocuparía el territorio napolitano por espacio de tres años. Simultáneamente, para no dejar duda á los napolitanos sobre las intenciones de los aliados, pasó un ejército austriaco el Po; de suerte que al gobierno de Nápoles no quedaba ya más recurso que decidir al instante si había de recibir á las fuerzas invasoras como amigas ó rechazarlas con las armas. El parlamento, ante el cual el príncipe regente había prestado juramento á la nueva constitución en 31 de enero, se decidió por la resistencia, y con fecha 17 de febrero redactó una protesta apelando á toda la Europa contra tan odioso abuso de la fuerza, declaró al rey incapacitado de disponer de la nación y proclamó la guerra de la independencia del reino. El ministro de la Guerra Colletta, organizó la defensa, y con el auxilio del pueblo entusiasmado pudo poner en campaña dos ejércitos, uno á las órdenes de Carascoso para defender la línea del Garellano y del Volturmo, y el otro á las de Guillermo Pepe para defender el paso de los Abruzos. Estos ejércitos componían un total de 25,000 hombres, los cuales por su inferioridad numérica, su falta de instrucción y de jefes á la altura del peligro y de las circunstancias del ejército enemigo, que tenía 43,000 hombres, mandados por el general austriaco Frimont, ninguna esperanza de victoria podían ofrecer, y esto sin contar con la connivencia secreta del regente con el enemigo. Pepe, hombre arrojado, valiente y patriota dispuesto á todos los sacrificios, pero impremeditado y vanidoso, contraviniendo á una orden superior expresa, atacó el 7 de marzo á los austriacos, cerca de Rieti. El enemigo rechazó el ataque sin gran trabajo y dos días después tomó por asalto la posición fuerte de Androdoco. En ambas acciones muchos de los napolitanos, después de una corta resistencia, huyeron á la desbandada, y los demás amotinándose contra

sus jefes, dejaron el camino franco á los invasores. La guardia real se pronunció por el rey absoluto, y el 24 de febrero disolvióse el parlamento y los austriacos entraron en la capital, dejando apenas tiempo á los jefes de los constitucionales para salvarse huyendo al extranjero. Los enemigos se rieron de los liberales, tan completa y tan fácilmente derrotados, y Metternich pudo alabarse de que con solo levantar el dedo pequeño de su mano había desbaratado toda la revolución.

Por poco que hubiesen resistido los liberales napolitanos, habrían acudido á su auxilio los de toda la Italia, que se habría sublevado de un extremo á otro.

En Turin, el partido reaccionario había abusado tanto de la docilidad benévola del rey Víctor Manuel I que este conoció la pendiente peligrosa á la cual se había dejado conducir y llamó á su lado hombres capaces y de opiniones moderadas, entre ellos el eminente Balbo, que introdujo gran número de reformas benéficas en el país. A pesar de esto habíase propagado allí la sociedad de los carbonarios, que redobló su actividad cuando la sublevación de Nápoles y mas todavía al estallar la guerra de la independencia contra la invasión austriaca. El plan de los carbonarios del reino de Cerdeña, que contaban entre sus miembros hijos de muchas familias distinguidas, en su mayor parte oficiales del ejército, se dirigía á atacar al ejército austriaco expedicionario por retaguardia y proclamar el reino de la Italia del Norte bajo el cetro de la casa de Saboya. Para esto impusieron en el secreto al joven príncipe Carlos Alberto de Cariñan, heredero después de la muerte del rey y del hermano de este, Carlos Félix, que tampoco tenía sucesión. El príncipe era muy querido en el ejército y además contrario al régimen imperante, de modo que su cooperación podía ser bajo todos los puntos, de gran utilidad. Aprobó la idea, pero vacilando entre el objeto seductor de la empresa y su conciencia, que le acusaba de hacer traición á las tradiciones de su familia, y mezclándose con estos remordimientos interiores fuertes recelos sobre la lealtad de los conspiradores, trató de detener la ejecución del plan. Era ya demasiado tarde, porque habiendo sido avisado el gobierno desde París y Viena del peligro, hizo prender á varios jefes que le habían sido indicados como comprometidos. Esto, y la impaciencia de los socios conjurados lombardos que instaban á los piemonteses á obrar, prometiendo levantarse contra sus opresores los austriacos tan luego como los piemonteses pronunciados pasasen el Po, apresuraron el movimiento.

El 10 de marzo, tres días antes de la derrota del ejército napolitano, pronuncióse el regimiento de Génova en Alejandría, y le siguieron, según estaba convenido, las guarniciones de Piñerol, Fossano, Carmañola, Asti, y por último la de Turin, donde el noble y patriótico conde de Santa Rosa formó un gobierno provisional; pero entonces quedó la revolución aislada, porque el país, incluidas la Saboya y la isla de Cerdeña, no tomó parte en el movimiento. Esto introdujo divergencias en el ejército y debilitó su dirección. El rey Víctor Manuel, para evitar todo conflicto, abdicó en favor de su hermano, que á la sazón se hallaba en Módena, y nombró en su ausencia regente del reino al príncipe de Cariñan, que se vió con esto en la posición más falsa imaginable, sin poder eximirse del compromiso de proclamar la constitución española de las cortes de Cádiz, salva la aprobación del rey.

Carlos Félix, enemigo declarado é inflexible de todo cuanto tenía relación con la libertad, publicó el 18 de marzo un manifiesto en el cual declaró haber aceptado el poder real sin el título de rey, que quedaba reservado á su predecesor, y en virtud de su nuevo carácter, anuló el cambio introducido en la constitución del país, contando con el

apoyo y auxilio de sus poderosos aliados. Dió orden al príncipe regente de reunirse con las tropas que habían permanecido fieles con el general Sallier de la Torre, en su cuartel general de Vercelli, y obedeciendo Carlos Alberto esta orden, salió de Turin furtivamente en la noche del 23, y en Novara publicó una explicación de su conducta y la dimisión que hacía de la regencia. El rey le desterró hasta nueva orden á la corte de su suegro, en Florencia, y publicó á instigación del czar, que quería evitar á toda costa la intervención del Austria, una amnistía con promesas de reforma; pero las tropas liberales más exaltadas, reducidas á tres mil hombres, mandadas por el comandante Regis, no quisieron someterse, haciendo así necesario el auxilio armado del Austria. El 3 de abril tuvo efecto, cerca de Novara, el encuentro de las fuerzas austriacas, unidas con las piemontesas que habían quedado fieles al rey, con los sublevados, que se defendieron heroicamente, pero sucumbieron ante la inmensa superioridad numérica del enemigo.

Muerta la revolución del Piamonte, respiraron los monarcas y sus ministros, reunidos en Laibach, y en un manifiesto escrito en tono edificante anunciaron, en 12 de mayo, al mundo que habían concluido sus deliberaciones, inspiradas por la justicia y el desinterés y encaminadas á conservar la independencia de cada soberano, ó como ellos decían, de cada Estado. Una circular, redactada por el secretario del congreso, el consejero austriaco Gentz, y dirigida á los gobiernos que no habían tomado parte en el congreso, anunciaba que en adelante solo los monarcas, á quienes Dios hace responsables del uso del poder que les ha confiado, deberían introducir en la legislación y administración de sus Estados aquellas modificaciones necesarias y útiles que les dictase su convicción, su conocimiento y libre voluntad. Hecho esto, separáronse los miembros del congreso con la promesa de volver á reunirse en otoño del año siguiente en Florencia, para ver si convenía modificar las disposiciones tomadas respecto de Italia.

Metternich estaba entonces en el colmo de su gloria. Era el ministro universal de Europa; soberanos y ministros prestaban, respetuosos, oído atento á las palabras que salían de su boca, y tan engreído estaba de su poder hasta sobre el emperador de Rusia, que escribió al conde Stadion desde Laibach, en 21 de abril de 1821, después de hacerle saber que el ejército ruso había recibido orden de no pasar más adelante: «Si yo no hubiese sido dueño de hacerlas retirar (las fuerzas rusas), del mismo modo que las hemos hecho avanzar, ¿cree V. que las habríamos hecho poner en marcha (1)?» En Alemania era Metternich dueño de la política y desde el congreso de Laibach lo fué mucho más en Italia. En el reino lombardo-veneto reinaba un rigor draconiano. El escritor Silvio Pellico, después de pasar cuatro meses con doce compañeros de infortunio en los calabozos *bajo los plomos* de Venecia, fué llevado al patíbulo, y solo allí le comunicaron que se había conmutado su sentencia por la de encierro indefinido en los calabozos de la fortaleza de Spielberg, de donde no salió sino por efecto de la revolución de julio (2). El Piamonte y Nápoles quedaron ocupados por fuerzas austriacas hasta nueva orden, para sofocar todas las intenciones y conspiraciones liberales, pero en realidad para dejar las manos libres á la reacción, que llegó en el reino de Nápoles hasta el paroxismo después de la vuelta del rey Fernando. Colletta, el historiador de estos tristes sucesos, y que ha sido comparado no sin razón á Tácito (3), dice en su obra que en 1822 la reacción costó la vida á 800 libera-

(1) Véanse sus *Papeles póstumos*, tomo III, pág. 467.

(2) Véase: *Le mie prigioni*, de Silvio Pellico.

(3) Colletta, *Storia del reame di Napoli*.